

mer jugada de dados, de una gran partida política. En seis meses que hacia que se ocultaba en París, y siendo atrevido y nada arrebatado, hubiera podido matar mil veces al primer cónsul, pero no queria hacerlo por sorpresa sino por medio de un combate. Comprenda quien pueda estas sutilezas de conciencia y este embotamiento del sentido moral. Pero ellos lo entendian asi, y esto es cuanto se puede decir.

El efecto que produjeron en el primer cónsul estos descubrimientos, fue terrible y profundo. No temió por sí mismo, pero experimentó ese disgusto, ese horror que inspira el contacto del reptil. ¡Ver todo un vasto sistema de gobierno, toda una gran partida que jugaba el genio, amenazadas de una ruina súbita por un brutal golpe de mano; conocer lo que se puede, saber lo que se vale, y verse asimilado á una bestia feroz que se lleva de batida y á la que se degüella sin escrúpulo!—¡Soy yo acaso un monstruo, un ser puesto fuera de la ley de las gentes y de la humanidad! exclamaba el primer cónsul, al leer las exhortaciones del cónsul inglés Drake, en las que se decia: «Importa poco saber quién derriba al animal; basta que todos os halleis dispuestos á reunir *caza*.» No era tampoco un asesinato matar á Bonaparte, segun se habia dicho é impreso en Londres. *El correo de Londres*, periódico de la emigracion, habia aplicado al primer cónsul la antigua frase de las Cabezas Redondas: *Killing no murder*, matar no es asesinar (Correo del 15 nivoso, año XII, 6 de enero de 1804). Siempre la horrible teoría de Saint-Just, la feroz doctrina de Jersey. Un tirano es una bestia feroz: *tú puedes matar á este hombre con tranquilidad*.

El 30 de enero se habia fijado en todas las esquinas de Londres el siguiente anuncio que repetia el *Morning Chronicle* de 1.º de febrero. «Debiendo acontecer el asesinato de Bonaparte y la restauracion de Luis XVIII, deberán volver á su patria la mayor parte de los franceses. En su consecuencia, el autor de este anuncio les ofrece sus servicios como profesor de idioma francés.»

Ya se comprenderá que al verse tratado de esta suerte el hombre de genio que gobernaba la Francia, experimentó una profunda indignacion, al ver súbitamente en su mano estas odiosas doctrinas practicadas y armadas con el sable y la pistola. Subiósele la sangre al cerebro, y estalló en su cabeza una terrible cólera de temperamento, y se puso con el ardor de su pasion, á remover todo este lodo sangriento, para sacar de él á todos estos venenosos enemigos y hacer un castigo ejemplar.

Envio, pues, por una parte, á M. Savary á la costa Biville para que sorprendiera en ella al príncipe cuya venida se anunciaba. Hizo rodear á París con un cordon de centinelas, y poner guardas de vista ante los muros que encerraban á Georges y á Pichegru, que no podian ser capturados; hizo atrancar el Sena arriba y abajo por los marineros de la guardia. Se instituyó él mismo su ministro de la policía general, escrutándolo todo, mandándolo todo, sin persona alguna intermedia; y fueron exhumadas las terribles leyes sobre el encubrimiento y la no re-

velacion de los conspiradores. Asi fue que París creyó que habian vuelto los dias del terror.

Estos medios extremos dieron por resultado el arresto de Pichegru, despues el de MM. Arnaud y Julio de Polignac, despues el de M. de Riviere, despues, en fin, el 9 de marzo el del mismo Georges. Este último confesó sin vacilar, simplemente y con altivez, el proyecto de ataque á viva fuerza que se decia debia mandar un príncipe francés.

Mientras se sustraia la causa de los conspiradores arrestados, Bonaparte dirigia todos sus esfuerzos á apoderarse de estos príncipes, á quienes todo indicaba como habiendo llegado ya á París ó como debiendo llegar en breve. Este era el golpe con que habia resuelto terminar su plan. Parecíale que el descargar un gran golpe sobre uno de los fautores de asesinato á distancia, era la única leccion instructiva que pudiera dar al enemigo atrincherado lejos de las fronteras. Era repugnante la conducta de aquellos jefes de la nobleza que enviaban incesantemente desgraciados seides á comprometerse y perecer inútilmente por ellos. Que se atreviera, pues, uno de estos seides á contar por sí mismo tales aventuras, y entonces pondria un terrible castigo término á estas sangrientas ligerezas.

Tales eran las disposiciones de Bonaparte cuando renunció por fin el general Savary á su emboscada de Biville; los arrestos de París habian destruido todo resultado por este lado; pero el primer cónsul no abandonaba fácilmente una idea; asi que era su constante preocupacion sorprender á un príncipe en flagrante delito de complot asesino, y hacer una terrible justicia. Habíanle herido vivamente, cuando las primeras revelaciones relativas á Georges, los pormenores dados sobre esos misteriosos extranjeros á quienes todos se acercaban con respeto; habíase preguntado entonces quiénes podrian ser y habia pasado en revista á los príncipes de la casa de Borbon. Luis XVIII y el duque de Angulema se hallaban en Varsovia. El conde de Artois y el duque de Berry en Londres. Tambien se hallaban allí los duques de Orleans, de Montpensier y de Beaujolais, pero desconfiaba de ellos la rama mayor. Estaban igualmente en Londres los príncipes de la casa de Condé, excepto el mas jóven, que despues de la paz, habitaba en el gran ducado de Baden. Bonaparte reflexionó entonces que si desembarcaba en Normandía algun Borbon, no podia ser otro que el conde de Artois ó su hijo. Las declaraciones de Bouvet de Lozier y de sus cómplices demostraron que no habia aun venido ningun príncipe por Biville, y que los misteriosos desconocidos eran: uno, el llamado M. Carlos ó el general, Pichegru; y el otro, el mas jóven, Julio de Polignac.

Cuando no quedó duda de que no habia venido ni vendria por allí un Borbon, pensó Bonaparte súbitamente en la frontera de Alemania y en el príncipe de Condé, que vivia cerca de ella. La intriga de Mehee le indicaba que habia por esta parte aglomeraciones de emigrados y la conspiracion diplomática de MM. Drake Spencer-Smith y Taylor. El Condé que faltaba de Londres no era ni el príncipe de Condé